

# **Pasados en pugna**

## **Divulgadores de la Historia vs. Profesionales de la Historia**

Resultado de investigación finalizada (tesis doctoral)

GT 3: “Producción, consumos culturales y medios de comunicación”

Verónica Tobeña

### **Resumen:**

La ponencia hace foco en los dos modelos historiográficos que están en la base de la controversia suscitada alrededor de la historia, cuando a la salida de la crisis de 2001 un conjunto de libros sobre nuestro pasado, cuyos autores presentan procedencias marginales o ajenas al mundo académico y el campo historiográfico que los avalen como historiadores, median en la recuperación del interés del público por el pasado, propiciando lo que algunos interpretaron como “un boom de la historia”. Felipe Pigna, Jorge Lanata, Mario “Pacho” O’Donnell se convierten, en virtud del éxito editorial que consiguen sus producciones históricas, en blanco de las críticas de los historiadores profesionales. Las líneas en pugna que abren estos historiadores de vertiente contraria son variadas y de dispar inspiración.

**Palabras clave:** Historia Argentina – Divulgadores de la Historia – Profesionales de la Historia

### **Introducción**

El siguiente trabajo se ocupa de una discusión que hace a las disputas por el canon historiográfico como la que se desencadenó entre profesionales y divulgadores de la historia a la salida de la crisis de 2001, suscitada por el éxito de ventas de las divulgaciones históricas y la impugnación que esos relatos<sup>1</sup> despertaron entre algunos académicos de la disciplina. Los cánones historiográficos que configuran cada una de estas propuestas no se instituyen como opuestos solamente porque se diferencian en los aspectos retóricos, de formato, de institución que funciona como centro legitimador, etc., sino que hay además tradiciones de las que cada uno de ellos son deudores e imágenes de la historia que funcionan de guía para ellos, que explican las diferencias que existen entre ambas concepciones de cómo debe hacerse la historia.

### **Dos tradiciones historiográficas y un nudo temático: la historia científica y la historia militante frente a la última dictadura militar**

Si se trata de distinguir dónde se hunden las raíces de las líneas en pugna que abren estos historiadores de vertiente contraria resulta insoslayable considerar la especificidad del discurso historiográfico. Esa singularidad de la historia está dada por su objeto, el pasado. Y el pasado, sobre todo cuando se reconstruye teniendo como eje articulador a la Nación o

---

<sup>1</sup> Que aquí llamaremos “los libros de la controversia”.

el Estado nacional, como es el caso de los relatos históricos de la controversia de la que aquí nos ocupamos, nos involucra a todos como sociedad, porque contribuye a dar carnadura histórica a nuestra identidad nacional y a ofrecernos una imagen de nuestro pasado de la que podemos extraer quiénes somos y a dónde vamos. La historia nacional da contextura y densidad temporal al país que hoy somos, para dar o quitarle legitimidad al camino recorrido y otorgarle o restarle valor a las opciones con las que hoy contamos<sup>2</sup>. En este sentido, la historia es importante no sólo porque nos provee de un pasado común y nos cuenta cómo llegamos al presente sino porque justifica el camino a transitar hacia el futuro (Jelin, 2001; Carretero y Voss, 2004).

La especificidad de la historiografía está dada entonces por tratarse de un tipo de discurso tanto modulado por como modulador del campo político; un discurso que se presta al uso político tanto a favor como en contra de una relación de fuerzas dada, del *status quo* (Myers, 2004; Pittaluga, 2010).

Ahora bien, ¿cuáles son los hechos de nuestro pasado que se constituyen en ejes de la controversia en la disputa señalada? Es decir, ¿sobre qué acontecimientos del pasado se producen lecturas que reponen preocupaciones políticas y valoraciones de corte ideológico en el discurso de la historia? Por otro lado, resulta importante tener en cuenta cómo fue pensado y cómo intentó ser constituido el campo historiográfico en la Argentina, puesto que la arquitectura del campo resultante de estos procesos puede tener consecuencias respecto al modo en que se ponderan algunas dimensiones del pasado. Creemos que ambas cuestiones están estrechamente vinculadas y no pueden abordarse de forma independiente, puesto que en la arquitectura del campo historiográfico local jugó un papel importante una contraposición entre dos modelos elevados a ciertas dimensiones míticas pero igualmente muy funcionales, y precisamente la naturaleza de los hechos históricos alrededor de los cuales se fundan buena parte de las críticas que los académicos hacen a los divulgadores y sobre los que estos fundan su posicionamiento político y sus diferencias ideológicas con los académicos, tiene como condición de posibilidad la contextura que presenta el campo.

Esos modelos que hacen a buena parte de la contextura que presenta la historiografía en la Argentina son el modelo de excelencia académica y del modelo de la universidad politizada de los años setenta; esto es, la contraposición entre la historia científica y la historia militante o política (Pittaluga, 2010: 129-130). Esos modelos son divergentes fundamentalmente porque se basan en valores que también lo son; las características y el legado que dejan cada una de esas matrices son conocidas. Repasémoslos.

La “historia científica” recibe esta denominación al establecer para sí criterios “científicos”<sup>3</sup> para evaluar la calidad de una producción historiográfica. Entre esos criterios que permiten dirimir la solvencia de un texto se cuentan: la explicitación de lo que en la jerga de las ciencias sociales se denomina “estado del arte” del tema que es objeto de análisis; la presentación de la evidencia y de las fuentes en las que se basa el estudio; rigurosidad en el análisis; el manejo de un adecuado aparato de referencias bibliográficas; una presentación temática sobria, sin pretensiones narrativas (uso preciso de los términos, lenguaje estricto, conceptos afinados); el respeto a la distancia con el objeto de estudio que debe traducirse en asepsia valorativa y en el mantenimiento de la autonomía intelectual de las preocupaciones y las urgencias de la política (Pittaluga, 2010; Di Meglio, 2012; Sazbón,

---

<sup>2</sup> Véase el concepto de *tradición selectiva* en Williams, 1980.

<sup>3</sup> Criterios que elabora tomando como modelo a las ciencias sociales.

2012). Ésta última exigencia es la que excluía de la agenda historiográfica la posibilidad de hacer historia del pasado reciente, puesto que su cercanía con el presente hace de ese pasado algo todavía actual.

La denominada “historia militante”, por su parte, se contrapone a la anterior en cada uno de estos aspectos. La calidad de un texto histórico está dada para esta perspectiva por su compromiso con la política y su capacidad para revelar los grandes conflictos que motorizan la historia. Esta tradición hace del posicionamiento político del historiador una condición, y como pone el acento en la politicidad de la práctica histórica más que en su cientificidad, para ella todos los reparos metodológicos, los recaudos del lenguaje, la neutralidad valorativa y las prescripciones que tienen que ver con imponer limitaciones en lo que hace a los aspectos narrativos de la historia no son válidos. Tampoco respeta la premisa que reza que la historia debe mantener cierta distancia crítica y temporal con su objeto de estudio. Lo que guía el trabajo historiográfico de esta corriente es una “*partición esencial de lo histórico en campos conflictivos*” (Fernández, 2012), de modo que su historia se vertebra “*en torno a conflictos grandes y últimos, como la existencia y conflictividad de clases, de la oligarquía o de la partición entre derecha e izquierda. La propuesta es ver esas particiones como expresiones de una dupla agonal fundante de lo político mismo*” (Fernández, *op. cit.*).

De acuerdo a las críticas realizadas por los académicos a los divulgadores de la historia y la defensa a las mismas que esgrimieron estos últimos, no parece necesario aportar muchos más argumentos para demostrar que los primeros suscriben al modelo histórico científico mientras que a los segundos debería inscribírseles en la matriz militante. Ahora bien, en el tratamiento que ambas corrientes hacen de algunos hechos o acontecimientos de nuestro pasado se vislumbra a nuestros ojos la condensación de esas divergencias. Uno de esos hechos históricos que funcionan como divisor de aguas, como nudo temático capaz de sintetizar de forma elocuente las diferentes concepciones del quehacer histórico en que se basan estos dos modelos es la última dictadura militar. Esto no sólo se constata en el hecho de que es en torno al tratamiento de este tópico que se montan muchos de los señalamientos que los académicos hacen a los divulgadores, sino que también se rastrea en el modo conflictivo en que el campo académico post-dictatorial se relaciona con esa historia reciente, pues como dice Roberto Pittaluga, “*este último se constituyó sobre la base de una casi total exclusión del pasado inmediato, de su propio pasado reciente como campo académico, y también del pasado político reciente de la Argentina*” (p. 124).

¿Por qué en general la historia académica expulsó el pasado reciente de su agenda cuando se institucionalizó en los años ochenta?<sup>4</sup> El de la transición democrática constituyó uno de esos momentos históricos en que las relaciones entre política y campo intelectual se estrechan, en que las convicciones y las urgencias de uno se replican en los valores y en las preocupaciones del otro. Y si nos detenemos a analizar cuál fue la clave de lectura que promovió el campo político para encarar la relación entre la transición democrática y el pasado reciente, descubrimos que la misma surgió de una negación de la historia que se acababa de vivir como hija de procesos previos y propios, declarando así las atrocidades vividas durante el período huérfanas de cualquier tradición democrática precedente. De

---

<sup>4</sup> Desde luego, hay excepciones; “*pero mirado desde el conjunto del espacio historiográfico académico, representaron una corriente que estaba como en una especie de latencia, de trabajo permanente y silencioso, y ciertamente marginal*” (p. 131), considera Pittaluga.

modo que se hace frente a la transición democrática recortando una tradición democrática completamente ajena a la historia de violencia política que la precedía, porque al pensar a la última dictadura militar como un paréntesis en nuestra historia, se piensa en la posibilidad de erradicarla totalmente de la sociedad argentina. Y esta lectura tuvo un impacto inmediato en el campo historiográfico, que legitimó y reprodujo esta interpretación desde las producciones provenientes de las posiciones hegemónicas al interior del campo. Para el historiador Roberto Pittaluga:

*“La formulación más concisa, clara y contundente de esto es la llamada ‘teoría de los dos demonios’. Esa era una de las figuras discursivas que actuaron como fondo para la configuración del campo historiográfico, un fondo o contexto que de alguna manera modelaba las posibilidades de lo decible e investigable en términos históricos”* (p. 125).

Otros intelectuales, como Beatriz Sarlo y Juan Carlos Torre, hacen descansar en las características cruentas del pasado reciente y en la dimensión biográfica que ese pasado tiene para los historiadores las razones para abstenerse de abordarlo desde el trabajo historiográfico. Sarlo afirmaba que los años ‘60 y ‘70 probablemente estuvieran *“demasiado cerca”*, y fueran a la vez *“demasiado terribles”* como para hablar de ellos (1994: 172). La reflexión de Juan Carlos Torre al respecto es elocuente de la moderación que muestran las consignas intelectuales tras la experiencia de la violencia de los años setenta. *“Después de haber abogado por la revolución –dice- nos hemos desplazado a pedir un país normal, donde simplemente estemos al abrigo de las disrupciones, de los quiebres, del espectáculo sobrecogedor del abismo”* (2004: 196). El historiador Omar Acha (2008) plantea que este ideal del “país normal” que sistematiza la reflexión de Torre constituyó la “doxa” de la disciplina. La consolidación del campo historiográfico se desarrolló con numerosas reflexiones y estudios que tenían como horizonte a una sociedad normalizada. De modo que el sentido de la práctica historiográfica estaba para los académicos fuertemente condicionado por la historia que se acababa de vivir (Acha, 2008: 171), en sintonía con los supuestos, las premisas y los valores progresistas que por entonces instituía el campo político, que quedan resumidos en las ideas de “modernización, integración, inclusión, desarrollo y democratización”.

Ahora bien, en relación a las consecuencias que la operación postdictatorial tiene para el campo historiográfico académico, que lo llevó a una búsqueda de asepsia cientificista tomando como el anti-modelo a la tradición de la historia militante de décadas anteriores, de la cual terminó por desmarcarse (Di Meglio, *op. cit.*), hay dos cuestiones a señalar. La primera de estas cuestiones tiene que ver con la creciente profesionalización del campo<sup>5</sup> y su progresivo desplazamiento de la figura del intelectual a la del especialista (Sarlo, 1985). La otra cuestión es la ilusión de científicidad que las reglas y las pautas disciplinares que va dándose el campo contribuyen a generar y la consiguiente sensación de despolitización de la actividad que las mismas despiertan (Di Meglio, *ídem*). Usamos las

---

<sup>5</sup> La profesionalización de la disciplina tiene también que ver con los nuevos dispositivos de regulación científica del sistema académico, basados en una estricta evaluación respecto a la metodología, al número de artículos a publicar, a los circuitos y soportes por los cuales se hace circular los resultados de las investigaciones, etc. Este dato es importante para nosotros en tanto el ejercicio del oficio histórico bajo las pautas que prescriben estas regulaciones suele ser tan exigente que constituye en sí mismo una fuente de identificación para quienes se someten a ellos y, por lo tanto, un motivo para suscitar solidaridades corporativas fuertes.

expresiones “ilusión de científicidad” y “sensación de despolitización” para subrayar la artificiosidad del discurso histórico, para acentuar que esta neutralidad que destila la historiografía producida con arreglo a las pautas que dicta la academia es producto de los efectos del discurso y se debe en buena medida a las formas que adopta el mismo.

La constitución del campo historiográfico que propició el régimen democrático abrazó una concepción de la disciplina histórica asociada a un quehacer intelectual emancipado de las demandas políticas inmediatas, que desde entonces se arrojaron al desprestigiado terreno de la “ideología”. Pero en rigor, este gesto que buscaba producir un corte con la imbricación con la política tan habitual en las décadas precedentes, no constituye un movimiento tendiente a la despolitización sino más bien a la repolitización. En efecto, al abogar por un “país normal” y un paquete de valores que se identifican con cierta consciencia progresista, la política no desaparece. Los presupuestos que por entonces sostiene la historiografía no podrían estar menos condicionados por la historia que se venía de vivir. Lo que desaparece es el posicionamiento explícito en los textos, desaparece la suerte de fetichización de la política que se encontraba en la historia militante precedente, pero la visión del autor está en los textos, los permea. Cuando Felipe Pigna busca defenderse de las críticas que lo acusan de hacer una historia sesgada, que toma partido, diciendo que “la objetividad no existe”, está intentando desmontar esta idea de neutralidad que se arroja la historia académica.

De modo que el escenario que se abre con la reinstalación de la democracia en 1983 ofrece un clima incompatible con la tradición historiográfica militante, la cual suele conllevar una prosa provocativa y preñada por el conflicto, esto es, formas discursivas y lecturas del pasado que intentaban dejarse atrás desde la matriz democrática que se reivindica desde la política oficial. Los marcos establecidos por el gobierno de Alfonsín, en cambio, sí constituyeron condiciones favorables a la tradición científica de la historia. En la Argentina este modelo tenía como antecedente la “historia social y cultural”, que de la mano de José Luis Romero había desembarcado en la universidad a instancias de la llamada “Revolución Libertadora” en 1955 (Myers, 2004; Devoto, 2009; Acha, 2009; Cernadas y Lvovich, 2010). En los ochenta esta corriente historiográfica se recupera y la disciplina emprende la marcha firme hacia la profesionalización, siguiendo de cerca para su “puesta a punto” las corrientes historiográficas imperantes en países como Estados Unidos, Inglaterra y Francia (Di Meglio, 2012). La tendencia hacia la profesionalización se profundiza y se expande constituyéndose en el modelo hegemónico.

El escenario post-crisis en el que surgen los “libros de la controversia” es muy distinto al que se recortaba en la década del ochenta. Los ecos que había dejado la violencia política de los años setenta ya no resonaban como en la década que la sucedió y más de veinticinco años ininterrumpidos de régimen democrático habían revelado que eso de que “con la democracia se come, se cura y se educa” no era más que un *slogan*. La “teoría de los dos demonios” que había gozado de un formidable consenso social, comenzaba a ser objetada como verdad universal o definitiva.

Sabemos que cuando el espacio de la política se abre a la contingencia como en ese momento, la posibilidad de disputar la conducción de ese espacio resulta más factible que en períodos de estabilidad y solidez institucional. Lo mismo ocurre con la historia, pues con la puesta en cuestión de los liderazgos y los acuerdos políticos entran en crisis las cosmovisiones en las que estos se sostenían y apoyaban, y las evaluaciones históricas imperantes caen en desprestigio.

Un recorrido sumario por el derrotero histórico de la historiografía moderna argentina es suficiente para documentar la gravitación de la política en la contextura que va adoptando el campo histórico:

*“Los estudios históricos comienzan a consolidarse en las últimas décadas del siglo XIX con las obras de Bartolomé Mitre y de Vicente Fidel López. (...) En la última década del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, surgen atisbos de una revisión del período de Juan Manuel de Rosas y los caudillos, en autores como Ernesto Quesada, Adolfo Saldías y David Peña. Durante el mismo período se consolida el ensayo positivista, cuyo paradigma historiográfico es el trabajo de José María Ramos Mejía sobre Rosas. La perspectiva adopta tras el Centenario un viraje ‘idealista’ con José Ingenieros. Después de 1910 emerge una nueva generación de estudiosos con implantación universitaria: la ‘Nueva Escuela Histórica’. (...) En la década de 1930 nace el revisionismo histórico, en el que puede distinguirse una vertiente rosista que se formaliza en 1938 con la fundación de un Instituto de Investigaciones Históricas. Sus referentes principales son Julio Irazusta, Vicente Sierre, José María Rosa y Ernesto Palacio. La otra vertiente revisionista, de índole antiimperialista y orientación yrigoyenista, es la del grupo FORJA: Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche. Ambas perspectivas critican el liberalismo, pero la segunda es más ambigua ante la figura de Rosas. Implantada en la universidad a partir de 1955, comienza a desarrollarse la ‘historia social’ alrededor de José Luis Romero. Esta corriente pregona la necesidad de estudiar la economía, la demografía y la sociedad (...). Contemporáneamente surgen versiones historiográficas de orientación marxista como en Milciades Peña, Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós y, con una decidida carga peronista, Rodolfo Ortega Peña. Sus obras giran en torno al dilema de cómo articular la lucha de clases con la liberación nacional. En materia de divulgación histórica, aparece en 1967 la revista Todo es Historia, dirigida por Félix Luna. La dictadura militar 1976-1983, (...) aborta una naciente historiografía de izquierda. A partir de 1984 se produce la reorganización universitaria que permite la edificación de una historiografía profesionalizada, donde es posible reconocer la preeminencia de una versión de la historia social y política de corte progresista. En 2001 comienza un período de vacancia historiográfica” (Acha, 2009: 11-12)*

La cartografía de la historiografía que nos deja esta apretada síntesis nos muestra un campo heterogéneo, que a medida que va edificándose se puebla de líneas teóricas, políticas e ideológicas variadas. En ella se destacan dos momentos que son importantes para nosotros como antecedentes de la disputa de la que aquí nos ocupamos, pues en ella se reeditan conflictos en torno a la definición historiográfica legítima y se reactualizan dos evaluaciones históricas divergentes en un marco de crisis y de cambios políticos abruptos y violentos como fueron los golpes militares de 1930 y de 1955.

El primero vio nacer a los revisionismos históricos, en cuya vertiente de orientación yrigoyenista y antiimperialista parecen abreviar, en parte, la historia que aparece en “los libros de la controversia” que, como aquellos, representa una alternativa a la historiografía hegemónica en la universidad, que en el treinta estaba encarnada por la Nueva Escuela Histórica, identificada con una manera de hacer historia profesional, de corte liberal y de la cual se nutre la versión oficial de la historia.

El segundo momento, coincidente con el golpe al peronismo propiciado por la llamada “Revolución Libertadora”, es el que le permite a la renovación historiográfica que se estaba dando en el campo historiográfico de la mano del historiador José Luis Romero<sup>6</sup>, arribar a espacios institucionales que les habían sido proscriptos por el peronismo, como la universidad. En una tradición progresista, la “historia social y cultural” que introduce Romero tiene en su horizonte la intención de refundar la universidad reformándola académica y políticamente. La corriente de la “historia social” se propone renovar a la

---

<sup>6</sup> Dicha renovación historiográfica debe a la experiencia de la revista *Imago Mundi* buena parte de su maduración intelectual. Véase Acha, 2008 y Devoto, 2009.

historiografía apoyándose en los aportes de las ciencias sociales, fundamentalmente de la economía y la sociología.

Asimismo, los años posperonistas también son importantes para el ascenso del revisionismo ya que durante esta etapa dicha corriente logra su mayor expansión. Si bien la universidad les seguiría resultando hostil, la coyuntura cultural sí constituyó un marco favorable para fijar sus raíces, ya que el reservorio peronista significaba ahora un enorme público “en disponibilidad” (Devoto, 2009: 278).

En suma, lo que es común a las distintas corrientes historiográficas que fueron complejizando el campo de la disciplina a lo largo de su historia y ampliando la variedad de sus tradiciones intelectuales, es su emergencia en tres contextos de crisis de la historia política argentina. Dos de esos momentos corresponden a dos golpes de Estado militares que derrocaron a los dos gobiernos más populares de la historia argentina, los de Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón, y el tercero refiere al retorno a la democracia de la mano del radical Raúl Alfonsín tras años traumáticos, que no sólo incluyen un gobierno militar de facto, sino que contienen terrorismo de Estado, violencia política y hasta una guerra. Los revisionismos surgidos a fines de la década del '30, los revisionismos que afloran en el '55 y que se sostienen con éxito a lo largo de la década siguiente, la historia social que conquista la universidad en el '55 tras la proscripción que le impuso el peronismo, y la definitiva instalación de la historia profesional que propicia la transición democrática iniciada en 1983, tienen como denominador común el hecho de encontrar en un escenario atravesado por la incertidumbre política y social las condiciones para su emergencia.

Luego, existen ciertos aires de familia entre algunos de ellos. En términos epistemológicos, una serie podría establecerse, por un lado, entre la historia social del '55 y la historia profesional del '83, y por otro lado, entre los revisionismos de las décadas del '30, los de la del '50-'60 y los libros de Pigna-Lanata-O'Donnell del siglo XXI. Ciertamente, el humor revisionista de estos últimos libros fue aludido en el análisis y consiguiente crítica de los mismos realizado por algunos historiadores académicos, que incluso llegaron a referirse a ellos como “neo-revisionismo”. La ubicación de dichos best-sellers en el linaje revisionista tiene que ver con la identificación de motivos comunes, como el antiimperialismo, la oposición a un relato histórico que se denomina como “historia oficial”, la adscripción a un modelo conspirativo de la historia y la derivada autopostulación como la operación histórica que viene a denunciar la alianza oculta existente entre el saber y el poder para someter al “pueblo”. Pero la asociación de “los libros de la controversia” con la tradición revisionista también se funda en otras afinidades, como que en la base de ambas experiencias editoriales está la búsqueda de una explicación capaz de generar algún tipo de respuesta, tanto a la crisis política como a los cambios sociales y culturales introducidos por la primera, y por ello se emparentan en que unas obras y otras utilizan el pasado como excusa para hablar del presente. También en el hecho de que ambas recibieron una respuesta masiva del público, se forjaron y circularon por espacios extraacadémicos e inspiraron la reprobación de las voces de la academia. Sin embargo, aunque los académicos fueron uno de los propiciadores de la asociación entre “los libros de la controversia” y el revisionismo, también son ellos quienes impugnan la inscripción de los primeros en el linaje que constituyen los segundos, puesto que destacan su calidad sensiblemente inferior, sus resortes comerciales por oposición a las convicciones políticas que motivaban a los revisionistas del siglo pasado, y la ausencia en los últimos de alternativas y de gestos propositivos que propicien alguna tradición política en reemplazo de los panteones que desmantelan con sus interpretaciones.

Más allá de las diferencias señaladas, creemos que lo que introduce una variante, un salto cualitativo entre los “neo-revisionistas” y los revisionistas del siglo pasado, es el

hecho de que los *best-sellers* contemporáneos inscriben a la última dictadura militar en la serie de hechos deleznable que los esquemas revisionistas de la historia suelen plantear y señalar como aquellos que la llamada “historia oficial” se empeña en ocultar o en presentar desprovisto de sus rasgos más dramáticos y de la identificación de sus responsables. Con la introducción de este pasado reciente en las lecturas conspirativas de la historia y con la acentuación del mismo que implica su uso como modelo y medida para juzgar otros hechos, reducen así a todos los conflictos que atraviesan a la historia argentina al planteo violento que asumieron las diferencias políticas por esos años. Ese planteo violento pertenece a un capítulo de nuestra historia al que justamente parece difícil encontrarle parangón con cualquier otro hecho histórico precedente. Este gesto no sólo es controvertido porque transgrede las reglas del método histórico que aconsejan esperar a que los hechos “se enfríen” para hacer de ellos un objeto de estudio, sino también porque vulnera la interpretación que había logrado hegemonizar al interior del campo historiográfico el espacio político-intelectual durante la transición democrática. Esto es, que no hay nada bueno que pueda salir de “ese” arcón de los recuerdos, que fue una etapa dominada por los “demonios”.

A su vez, hay que apuntar que la presencia de alusiones a la dictadura militar de parte de estos libros (para afirmar, por ejemplo, que Mariano Moreno es nuestro primer desaparecido), coincide con una coyuntura política y cultural en la que se resquebraja el consenso sobre ese pasado reciente, reconfigurando con ello el marco de lo decible y de lo investigable en esta materia. El campo político recupera el pasado reciente para hacerlo objeto de la política, apoyado en una interpretación de ese pasado que plantea profundas diferencias con la promovida por la transición democrática<sup>7</sup>. Un conjunto de figuras cobran protagonismo en la escena pública, como la del militante, la del desaparecido, la de los/as hijos/as de desaparecidos; y la interpretación oficial de nuestra historia abandona la lectura que se atribuye a Ernesto Sábato y promueve la idea de que la violencia de esos años era la escalada de un conflicto que tenía a dos demonios por contendientes, para pasar a afirmar que uno de ellos no era tal, sino que se trataba de una generación de jóvenes comprometidos hasta la muerte con la transformación social de su país.

La impugnación de los académicos a la historia de divulgación puede interpretarse como un reflejo corporativo, lo cual, debido a que dicho grupo nuclea a un conjunto heterogéneo de profesionales de la historia<sup>8</sup>, probablemente pueda estar relacionado con que sus diferencias no impiden que los mismos hagan sistema. Es que lo que parece entrar en juego para ello es el sentido común del espacio académico que habitan, lo que Bourdieu denomina la *doxa* de un campo disciplinario. Pero además, como intentamos argumentar a lo largo de estas páginas, creemos que la sintonía entre la redefinición de la interpretación que desde el campo político se promueve de ese capítulo de nuestro pasado cercano con un fenómeno editorial del género histórico que hace de “*la omnipresencia de la última dictadura militar el hecho crucial de todo nuestro pasado nacional*” (Acha, 2008: 186), permite pensar en un proceso de reconfiguración de fuerzas en el plano político-intelectual que bien puede estar en la base de las reacciones de los académicos en contra de la historia

---

<sup>7</sup> En este sentido pueden entenderse los cambios introducidos por el gobierno de Néstor Kirchner en el año 2006 al prólogo de *Nunca más*.

<sup>8</sup> Estos *best-seller* lograron congregarse nombres como los de Tulio Halperín Donghi, Luis Alberto Romero, Beatriz Sarlo, Hilda Sabato, Mirtha Z. Lobato, Miguel Ángel de Marco, Horacio González, José Vazeilles, Jorge Gelman, Juan Suriano, Ema Cibotti.



que escriben los divulgadores. Si bien creemos que hay aquí también una actitud defensiva que busca proteger las posiciones conquistadas en el campo historiográfico que amenaza el avance de estas historias, descansa asimismo, a nuestros ojos, una preocupación de carácter ideológico-político detrás de las intervenciones más duras de los académicos. Creemos que en lo que hace a esta dimensión del conflicto, la postura divergente que mantienen los contendientes en torno a la última dictadura militar es un factor central, porque la misma condensa dos miradas contrapuestas y extendidas en nuestro campo cultural sobre el período más traumático de nuestra historia nacional.

## **A modo de cierre**

En este sentido decimos que la última dictadura militar se constituye en un nudo temático. Creemos que el modo contrastante en que plantean cómo debe encararse la relación de la historia con la política las dos tradiciones historiográficas en las que abrevan las posturas desplegadas en la disputa, esto es, la “historia científica” y la “historia militante”, son decisivos para producir modos de abordaje divergentes alrededor de la oscura historia vivida entre 1976 y 1983. Los reparos metodológicos, epistemológicos y narrativos que imponen los criterios científicos bajo el influjo de los cuales trabajan los historiadores académicos, hacen del tratamiento de un tema tan sensible como el de la última dictadura militar, o bien una cuestión prohibida aún (por su cercanía temporal, por la tragedia política y humana que significó y porque en ese pasado están implicados los mismos historiadores que deberían tomarlo por objeto), o bien una cuestión que se aborda con arreglo a la despolitización adoptada por la profesionalización de la disciplina en los años ochenta, despolitización que, como ya señalamos, consistió en rigor en una repolitización, en virtud de la “estrategia democrática” que instruía a esos trabajos. En manos de la “historia militante”, en cambio, la última dictadura militar es repuesta a la narrativa épica a la que es afecta este modelo, la cual devuelve la interpretación del período a sus cimientos más dramáticos y repone las motivaciones altruistas de aquellos que ofrecieron resistencia a la represión estatal, haciendo del traumático período algo distinto a la mera deformidad que asume la historia cuando se la piensa como obra de los demonios.

## **Bibliografía**

-Acha, Omar, “Las narrativas contemporáneas de la historia nacional y sus vicisitudes”, en *La nueva generación intelectual. Incitaciones y ensayos*, Buenos Aires, Herramienta ediciones, 2008.

\_\_\_\_\_ *Historia crítica de la historiografía argentina: las izquierdas en el siglo XX*. Buenos Aires, Prometeo, 2009.

-Carretero, Mario y Voss, J. F. (dirs.), *Aprender y pensar la historia*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004.

-Cernadas, Jorge y Lvovich, Daniel, “Revisitas a la pregunta: historia ¿para qué?”, en Cernadas, Jorge y Lvovich, Daniel (eds.), *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*, Prometeo, Buenos Aires, 2010.

-Devoto, Fernando J. y Pagano, Nora C., *Historia de la historiografía argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009.

-Di Meglio, Gabriel, “Para una nueva discusión sobre nuestra historiografía académica”, en *La historia en cuestión. Historia y Política en tiempos kirchneristas*, 29 de mayo de 2012.

Disponible: <http://historiaencuestion.blogspot.com.ar/2012/05/para-una-nueva-discusion-de-nuestra.html>

-Fernández, Carolina J., “Relatar el pasado, relatar el presente”, en *El pingüino de Minerva*, 16 de julio 2012. Disponible en: <http://elpinguinodeminerva.wordpress.com/2012/07/16/relatar-el-pasado-relatar-el-presente/>

-Jelin, Elizabeth, “Historia, memoria social y testimonio o la legitimidad de la palabra”, en *Iberoamericana. América Latina – España – Portugal N° 1*, Año I, Berlín, pp. 87-98, 2001.

-Myers, Jorge, “Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955”, en Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 2004.

-Pittaluga, Roberto, “Notas sobre la historia del pasado reciente”, en Cernadas, Jorge y Lvovich, Daniel (eds.), *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*, Prometeo, Buenos Aires, 2010.

-Sarlo, Beatriz, “Entrevista a Beatriz Sarlo”, en Hora, Roy y Trímboli, Javier, “Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política”, El cielo por asalto, Buenos Aires, 1994.

-Sazbón, Daniel, “Cruces”, en *La historia en cuestión. Historia y Política en tiempos kirchneristas*, 30 de mayo de 2012. Disponible en: [http://historiaencuestion.blogspot.com.ar/2012\\_03\\_01\\_archive.html](http://historiaencuestion.blogspot.com.ar/2012_03_01_archive.html)

-Torres, Juan Carlos, “Los intelectuales y la experiencia democrática”, en Novaro, Marcos y Palermo, Vicente, *La historia reciente: Argentina en democracia*, Edhasa, Buenos Aires, 2004.

-Williams, Raymond, *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona, 1980.